

V
C^a 16590-1

ROSALIA DE CASTRO

Esta obra pertenece a la biblioteca de la Xunta de Galicia, depositada en la Biblioteca Nacional de España en virtud de un convenio de colaboración firmado entre ambas instituciones el día 1.º de mayo de 1978.

A MI MADRE

El día que en la tierra nació,
cuando el mundo se volvió a mí
Era un tiempo tan sereno,
que me parecía estar en el cielo.
Y yo, como si fuera un ángel,
me acordaba de ti, madre mía,
de tu amor y de tu dulzura,
de tu voz que me hacía feliz.



PATRONATO ROSALIA DE CASTRO

ROSALIA

ROSALÍA DE CASTRO

Esta composición titulada *A mi madre* (versos elegíacos a su madre), la escribió Rosalía en 1863, siendo, por tanto, una de sus primeras obras. De ella se hizo una edición cortísima de ejemplares numerados, con dedicatorias impresas, editada en Vigo por J. Compañel.

A MI MADRE



Artes Gráficas Galicia, S. A. - Segovia, 15 - VIGO. Dep. Legal: VG - 54 - 1985

R1324180

I

CUÁN tristes pasan los días...,
cuán breves..., cuán largos son...;
como van unos despacio
y otros con paso veloz!...
Mas siempre, cual vaga sombra,
atropellándose en pos,
ninguno de cuantos fueron,
un débil rastro dejó.

¡Cuán negras las nubes pasan,
cuán turbio se ha vuelto el sol!
Era un tiempo tan hermoso...,
mas ese tiempo pasó.
Hoy, como pálida luna,
ni da vida ni calor,
ni presta aliento a las flores,
ni alegría al corazón.

¡Cuán triste se ha vuelto el mundo!
¡Ah, por doquiera que voy
sólo amarguras contemplo,
que infunden negro pavor!
¡Sólo llantos y gemidos
que no encuentran compasión!...
¡Qué triste se ha vuelto el mundo!
¡Qué triste le encontró yo!

II

¡Ay qué profunda tristeza!
¡Ay que terrible dolor!
Tendida en la negra caja,
sin movimiento y sin voz,
pálida como la cera
que sus restos alumbró,
yo he visto a la pobrecita
madre de mi corazón.

Ya desde entonces no tuve
quien me prestase calor,
que el fuego que ella encendía
aterido se apagó.
Ya no tuve desde entonces
una cariñosa voz
que me dijese: "Hija mía,
yo soy la que te parió".

¡Ay qué profunda tristeza!
¡Ay qué terrible dolor!...
Ella ha muerto y yo estoy viva,
ella ha muerto y vivo yo.
Más ¡ay!, pájaro sin nido,
poco lo alumbrará el sol.
Y era el pecho de mi madre
nido de mi corazón.

I

¡AY! Cuando los hijos mueren,
rosas tempranas de abril,
de la madre el tierno llanto
veía su eterno dormir.

Ni van solos a la tumba,
¡ay!, que el eterno sufrir
de la madre sigue al hijo
a las regiones sin fin.

Mas cuando muere una madre,
único amor que hay aquí;
¡ay!, cuando una madre muere,
debiera un hijo morir.

II

Yo tuve una dulce madre,
concedíamela el Cielo
más tierna que la ternura,
más ángel que mi ángel bueno.

En su regazo amoroso
soñaba..., sueño quimérico:
dejar esta ingrata vida
al blando son de sus rezos.

Mas la dulce madre mía
sintió el corazón enfermo,
que de ternura y dolores,
¡Ay!, derritióse en su pecho.

Pronto las tristes campanas
dieron al viento sus ecos:
murióse la madre mía;
sentí rasgarse mi seno.

La Virgen de las Mercedes
estaba junto a mi lecho...
Tengo otra madre en lo alto...,
por eso yo no me he muerto.

I

YA pasó la estación de los calores,
y lleno el rostro de áspera fiereza,
sobre los restos de las mustias flores
asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento
tiende sus alas de color sombrío,
cual en torno de un casto pensamiento
sus alas tienen un pensamiento impío.

Y gime el bosque, y el torrente brama,
y la hoja seca, en lodo convertida,
dale llorosa al céfiro a quien ama
la posterera y doliente despedida.

II

Errantes, fugitivas, misteriosas,
tienden las nubes presuroso el vuelo,
no como un tiempo, cándidas y hermosas,
si llenas de amargura y desconsuelo.

Más allá..., más allá..., siempre adelante,
prosiguen sin descanso su carrera,
bañado en llanto el pálido semblante
con que riegan el bosque y la pradera.

Que enojada la mar donde se mira
y oscurecido el sol que las amó,
sólo saben decir cuando suspiran:
"Todo para nosotras acabó".

III

Suelto el ropaje y la melena al viento,
cual se agrupan en torno de la luna...,
locas en incesante movimiento,
remedan el vaiven de la fortuna.

Pasan, vuelven y corren desatadas,
hijas del aire en forma caprichosa,
al viento de la noche abandonadas
en la profunda oscuridade medrosa.

Tal en mi triste corazón inquietas
mis locas esperanzas se agitaron,
y a un débil hilo de placer sujetas,
locas..., locas también se quebrantaron.

IV

Ya toda luz se oscureció en el cielo,
cubriéronse de luto las estrellas,
y de luto también se cubrió el suelo,
entre risas, gemidos y querellas.

Todo en profunda noche adormecido,
sólo el rumor del huracán se siente,
y se parece su áspero silbido
al silbido feroz de una serpiente.

¡Cuán tenebrosa noche se prepara!...
Mas al abrigo de amoroso techo,
grato es pensar que la hórrida tormenta
no ha de agitar la colcha de mi lecho.

V

Mas..., qué estridente y mágico alarido
la ronca voz de la tormenta trae?
Triste..., vago..., constante y dolorido,
cual fuego ardiente, en mis entrañas cae.

Cae y ahuyenta de mi lecho el sueño...
¡Ah! ¿Como he de dormir?... Locura fuera,
fuera locura y temerario empeño
que con gemidos tales me durmiera.

¡Ah! ¿Como he de dormir? Ese lamento,
ese grito de angustia que percibo,
esa expresión de amargo sufrimiento
no pertenece al mundo en que yo vivo.

VI

Donde el ciprés erguido se levanta,
allá en lejana habitación sombría,
que al más osado de la tierra espanta,
solo duerme la dulce madre mía.

Más helado es su lecho que la nieve,
más negro y hondo que caverna oscura,
y el auro altivo que sus antros mueve,
sacia su furia en él con saña dura.

¡Ah! De dolientes sauces rodeada,
de dura hierba y ásperas ortigas,
¿cuál serás, madre, en tu dormir turbada
por vagarosas sombras enemigas?

VII

¿Y yo tranquila he de gozar en tanto
de blando sueño y lecho cariñoso,
mientras herida de mortal espanto
moras en el profundo tenebroso?

¿Llegará a tanto el insensible olvido?
La ingratitud del hombre a tanto alcanza,
que entre uno y otro lazo desunido
ceda siempre al vaivén de la mudanza.

¿Odioso y torpe proceder de un hijo
a quien la dulce madre, en su agonía,
con besos y caricias le bendijo,
olvidando el dolor por que moría?

VIII

Nunca permita Dios que yo te olvide,
mi santa, mi amorosa compañera;
nunca permita Dios que yo te olvide,
aunque por tanto recordarte muera.

Venga hacia mi tu imagen tan amada
y háblame al alma en su lenguaje mudo,
ya en la serena noche y reposada,
ya en la que es parto del invierno crudo.

Y que en tu aislado apartamiento fiero,
tan ajeno del hombre y su locura,
valen mi llanto y mi dolor primero
al lado de tu humilde sepultura.

I

DE gemidos quejumbrosos,
de suspiros lastimeros,
vago suena en el espacio
melancólico concierto...
Son las campanas que tocan...
¡Tocan por los que murieron!

Plañidero el metal vibra,
las regiones recorriendo
de los valles solitarios,
de los tristes cementerios.
Y también allá en la hondura
de las almas el consuelo.

Vasto páramo es la mía,
como abrasado desierto,
como mar que no se acaba,
y en ella un sepulcro tengo
más profundo que un abismo,
más ancho que el firmamento.

Y al eco de las campanas
que en él se va repitiendo,
los esqueletos se rompen
de mis pálidos recuerdos.
¿Será cierto que pasaron
y para siempre murieron?

¡Es verdad que cuanto toco,
cuanto miro y cuanto quiero,
todo ilusión parece
todo me parece un cuento!
Y que tuve un tiempo madre
y que ahora ya no la tengo...
También un sueño parece,
¡pero qué Terrible sueño!

Ayer en sueños te vi...
¡Que triste cosa es soñar,
y qué triste es despertar
de un triste sueño..., ¡ay de mi!

Te vi... La triste mirada
lánguida hacia mi volvías,
bañada en lágrimas frías,
hijas de la tumba helada.

Y parece que al mirarme
con tu mirada serena,
todo el raudal de mi pena
se alzaba para matarme.

Y también parecía
que tu acento desolado,
llegando hasta mi pausado:
“Ya estoy muerta”, repetía.

Y al repetirlo, gimiendo,
el eco en el hondo abismo
de mi pecho, iba asimismo:
“Ya estoy muerta”, repitiendo.

¡Y qué terror..., qué quebranto
aquel eco me causaba!...
Llegué a pensar que me hallaba
en la región del espanto.

Y aunque era mi madre aquella
que en sueños a ver tornaba,
ni yo amante la buscaba
ni me acariciaba ella.

Allí estaba, sola y triste,
con su enlutado vestido,
diciendo con manso ruido:
“Te he perdido y me perdiste”.

Y llorábamos..., ¡que horror!
Llorábamos de tal suerte:
ella, lágrimas de muerte;
yo, lágrimas de dolor.

Todo es hosco apartamiento,
como si una extraña fuera,
o cual si herirme pudiera
con el soplo de su aliento.

Y es que el sepulcro insondable
con sus vapores infectos,
mediaba entre ambos afectos,
de un origen entrañable.

Aún en sueños, tan sombría
la contemplé en su ternura,
que el alma, con saña dura,
la amaba y repelía.

¡A la dulce, a la sin par
madre que me llevó el Cielo!
¡Ah, qué amargo desconsuelo
debe su tumba llenar!
¡Aquella a quien dió la vida,
tener miedo de su sombra,
es ingratitud que asombra
la que en el hombre se anida!

Mas tú que tanto has amado,
tú que tanto has padecido,
tú que nunca has ofendido
y que siempre has perdonado.

A la que nació en tu seno
sé que no guardas rencores;
tú toda mieles y amores,
aun de la tumba en el cieno.

Ruega, ruega a Dios por mí
desde tu lecho de espinas,
por donde al Cielo caminas
al alejarte de aquí.

Y cuando al Dios de ternura
llegues de gracia cubierta,
dile no cierre la puerta
a esta humilde criatura.

Porque en santa paz unidas
donde no hay penas ni olvido,
gocemos en blanco nido
las glorias desconocidas.

Como en un tiempo dichoso,
fui al campo por la mañana,
que estaba hermosa y risueña,
que fresca y galana estaba.
Fuime al romper la aurora,
cuando tocaban al alba,
cuando aún los hombres dormían
y los jilgueros cantaban,
saltando de rosa en rosa,
volando de rama en rama.

Con su murmurio apreciable,
solita la fuente estaba,
bajo el castaño frondoso
que tiernamente la guarda.

Y estaba la verde hierba
toda cubierta de escarcha;
las tenues lejanas nieblas,

cual vaporosos fantasmas,
vagan tristes y errantes
sobre las altas montañas.

El lejano campanario
sobre las nieblas se alzaba,
con sus graciosos festones,
con su armoniosa campaña.

Y en torno al humilde templo,
bajo su sombra guardadas,
veíanse humildes chozas,
aún más que la nieve blancas.

¡Cuánta pureza en la atmósfera!
¡Cuánta dulcísima calma
del cielo azul descendiendo
en torno se respiraba!

Mas yo, vestida de luto,
y aún más, enlutada el alma,
bajo las ramas del bosque,
bajo las ramas paseaba,
soñando en sueños de muerte
que nos rasgan las entrañas;
paseaba yo silenciosa,
paseaba yo solitaria,
mientras las aguas del río
camino del mar rodaban,
en vano, en vano buscando
el ángel de mi esperanza,
que con sus alas ligeras
hacia los cielos tornaba.

¡Pobre ángel, pobre ángel mío!...
¡Cuánto en la Tierra te amaba!
Más ¿cómo no amarte cuando
tus alas me cobijaban,
si fueron ellas mi cuna,
la cuna en que me arrullabas,
si fueron mi dulce aliento
y el paño, ¡ay Dios!, de mis lagrimas?
Ora corren hilo a hilo,
ora mis mejillas bañan,
bañan la tierra que piso
y en su amargura me empapan;
mas nadie viene, ángel mío
¡ay!, nadie viene a enjuagarlas.

.....

Ya el sol bañaba las cumbres
de las risueñas montañas,
ya disiparon las nieblas
las brisas de la mañana;
ya despertaron los hombres,
ya no tocaban al alba
cuando torné de los campos,
paso tras paso a mi casa.
Dejárala silenciosa
cuando salí a la mañana,
y silenciosa a mi vuelta
más que las tumbas estaba.

En la solitaria puerta
no hay nadie... ¡Nadie me aguarda!
Ni el menor paso se siente
en las desiertas estancias.
Más hay un lugar vacío
tras la cerrada ventana,
y un enlutado vestido
que cual desgajada rama
pende en la muda pared,
cubierto de blancas gasas.
No está mi casa desierta.
No está desierta mi estancia...
¡Madre mía..., madre mía!...

¡Ay!, la que tanto me amaba,
que aunque no estás a mi lado
y aunque tu voz no me llama,
tu sombra, sí, sí..., tu sombra,
tu sombra siempre me aguarda.

Muchos lloran, lloran y se quejan,
y entre quejas y llantos y suspiros,
que hijos son del dolor,
la ruda fuerza del dolor mitigan
cantando al son de lira cariñosa
con plañidera voz.
Ya no lloro, ni canto, ni me quejo;
mas en mi seno recogida guardo
la hiel del corazón;
y por eso, vivir, vivo muriendo,
que sentir, nadie sin morir pudiera,
¡ay!, lo que siento yo.

... Ay, la que tanto me amaba
que unidos me creó a mí hijo
y amador de vos me dio la vida
en amara, sí... en amara,
la contra siempre me agreda.

Muchos días, luego y se fue
y está de casa y tanto y tanto
que hizo con el dolor
la vida de la vida de la vida
cantando al son de la guitarra
con guitarra y con guitarra
Ya no hay de la vida en los días
que es en el mundo de la vida
la vida de la vida de la vida
y por eso, siempre me amaba
que se fue, nada de la vida
Ay, la que tanto me amaba
que unidos me creó a mí hijo
y amador de vos me dio la vida
en amara, sí... en amara,
la contra siempre me agreda.

Esta composición de
Rosalía de Castro titulada
A MI MADRE
se terminó de imprimir
el día 1 de Marzo de 1985